

Trasladáronle en grave estado á sus habitaciones. Cuando volvió de su profundo desmayo, sintió tan hondamente la magnitud del ultraje recibido y la impopularidad en que había caído, que rechazó todo alimento y asistencia médica, expirando poco después. Esto sucedió el 30 de junio del año de 1520.

«La noticia de su fallecimiento, dice Díaz del Castillo, nos conmovió hasta hacernos derramar lágrimas. Nosotros, los que le habíamos visto y tratado con frecuencia, le lloramos como á un padre, y con razón, porque Motezuma poseía muy rara bondad de corazón. Nos dijeron que había reinado por espacio de diez y siete años y que había sido el mejor monarca de cuantos había tenido México.»

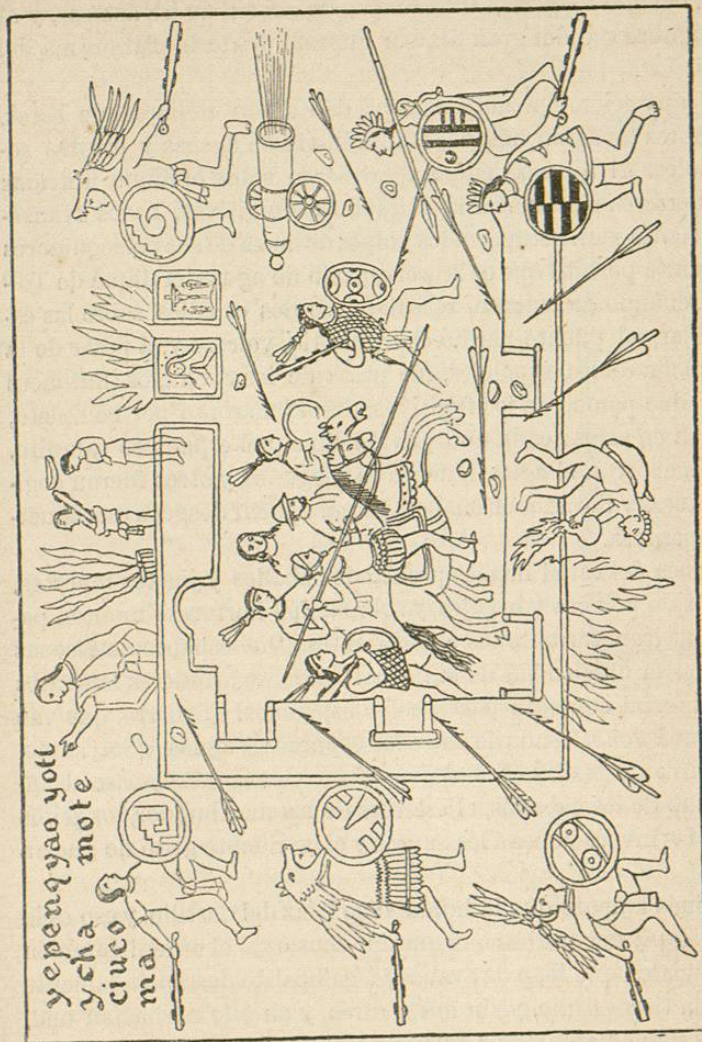
El cadáver del desgraciado emperador fué envuelto en magníficas vestiduras y llevado á la ciudad por algunos nobles aztecas que habían sido presos en los últimos días. Posteriormente vieron y oyeron los españoles que los aztecas prorrumpieron en gritos y lamentos al ver muerto á su soberano; mas lo que hicieron con sus restos y dónde los enterraron no es conocido. Una antigua tradición refiere que fueron envueltos en algunas esteras y enterrados por un hombre del pueblo sin cánticos ni música. Un pequeño diseño indígena que se conserva aún en México, y que representa á un plebeyo indio que lleva á cuestas un cadáver envuelto en unas esteras, dicese que representa este suceso.

Con la muerte de Motezuma desapareció también el último resto de la consideración que por causa de su rey habían guardado hasta entonces los aztecas á los españoles. Cada vez eran más violentos los ataques contra el albergue de los últimos, quienes, por más que hicieron algunas desesperadas tentativas que causaron muchas pérdidas á los enemigos, veían aumentar de día en día su miseria y que se aproximaba su fin.

Todos comprendían que no podían permanecer más tiempo en la ciudad y que tenían que abandonarla; pero ignoraban en cual dirección debían de probar fortuna y efectuar el regreso. El consejo de guerra convocado por Cortés resolvió emprender la marcha por el dique de Tlacopán, no sólo á causa de ser el más corto que unía á la ciudad con el continente, sino también por estar situado más cerca del alojamiento de los europeos. Sobre la hora de la marcha no pudieron ponerse de acuerdo tan pronto, pues unos opinaban que debía de abandonarse la ciudad de día, y otros indicaban la noche como más propicia á sus designios. El soldado Boteello, que era italiano de nacimiento y muy dado á la adivinación, fué el que decidió, diciendo que su ciencia le había asegurado que ninguno de ellos salvaría la vida si no aprovechaban la próxima noche del 1.º de julio de 1520 para la fuga.

Ante todo construyeron un puente portátil que pudiera ser echado so-

bre el espacio que mediaba entre las diferentes partes de los diques, de los que se recordará habían sido quitados los que había. Cuatrocientos tlascaltecas y ciento cincuenta españoles eran los encargados de trans-



La arenga de Motezuma á los aztecas (De una pintura de aquella época debida á Lienzo de Tlascala). La pintura muestra á Motezuma en actitud de arengar al pueblo desde la plataforma del palacio. En el patio del mismo se ve á Cortés, al que se reconoce por la barba corrida; á su lado á la intérprete Marina, y además á un indio que se ve en lo alto del tejado en actitud de apagar las llamas del incendiado palacio. Los cuadros de la Madre de Dios y del Salvador crucificado, que se ven arder también, significan que asimismo la capilla arrejada por los españoles fué presa de las llamas. Numerosas flechas y piedras vuelan al patio del palacio, que es asaltado por todos partes por los guerreros aztecas.

portarlo y custodiarlo. Después de convenido exactamente el orden de marcha, mandó recoger Cortés los tesoros de oro, plata y otras riquezas que habían podido reunir hasta entonces, cargó seis caballos con la parte perteneciente á la Corona, y abandonó lo demás á los soldados para que cada uno se hiciera cargo de cuanto pudiera llevar.

Hacia media noche empezó el desfile. Reinaba obscuridad bastante una ligera niebla envolvía la ciudad y lloviznaba. Tan silenciosamente como les era posible iban avanzando los españoles por las desiertas calles y ya habían llegado al llamado Paso de Tolteacalli, que conducía al dique de Tlacopán, cuando se oyeron las trompas de guerra de los aztecas, y al instante el lúgubre son del gran tambor infernal desde la plataforma del gran Teocalli.

Entonces aparecieron á ambos lados del dique millares de botes, cuyos tripulantes lanzaron una verdadera lluvia de flechas y piedras sobre los españoles. Al mismo tiempo aparecieron sobre el dique nutridas huestes de guerreros para cortar la retirada á los fugitivos. Todos avanzaban hacia adelante para escapar á los golpes de lanza de sus perseguidores y llegar al puente portátil que cubría el espacio de agua del dique de Toltacaacalopán, cuando de repente, resbalándose dos caballos sobre las escurridizas tablas, el puente perdió el equilibrio, volcóse y, á pesar de la desesperada lucha de los españoles, fué presa de los enemigos. Entonces apoderóse terrible pánico de los fugitivos, desordenáronse por completo, y sólo pensaron en salvar cada uno su vida. En aquel espantoso tumulto, filas completas cayeron al agua. Muchos se ahogaron, y otros fueron cogidos por los aztecas y llevados en sus canoas para sufrir después una muerte aún más espantosa.

La ancha boca del canal llenóse pronto de caballos y jinetes muertos, cañones, carros de pólvora y bagajes, y sobre aquel horroroso montón pasaban como un gran torrente los combatientes. ¡Qué espantosas escenas tenían lugar en la obscuridad de la noche! ¡Qué desgarradores lamentos se oían! ¡Qué mortal angustia pasaron los españoles! «¡Socorro, que me ahogo!» decía una voz saliendo de entre las espumosas aguas. «¡Salvadme, que me asesinan!» decía otra. Y á estas exclamaciones mezclábase el angustioso relincho de los caballos, el estertor de los moribundos, los gritos de las mujeres, las invocaciones á los Santos y el estridente grito de guerra del enemigo.

«No había más amparo que la huída, dice Díaz del Castillo, y eso es lo que hicimos, pues ¡ay del que hubiera querido conservar el orden! También Cortés y sus oficiales, que iban de avanzada, galopaban desesperadamente para alcanzar la tierra firme, y sin mirar atrás, y en ello no hacían mal, pues los jinetes no podían ayudar á nada porque estaban rodeados como nosotros de huestes enemigas, que presentaban unas largas picas en las que quedaban embotadas nuestras espadas. ¡Qué indecible dolor y angustia pasamos en aquella noche, á la que se ha bautizado con justicia con el nombre de *noche de la tribulación*! Pero peor hubiésemos librado si hubiera sido de día. Sólo por un milagro pudimos salvarnos en parte.»

Unos cien españoles que no pudieron seguir á sus compañeros sobre los diques se retiraron á la ciudad, atrincherándose en un templo. Tres días resistieron á toda la población, pero al fin tuvieron que rendirse transidos por la sed y extenuados por el hambre, y murieron sacrificados ante los altares de los ídolos aztecas.

Los que pudieron escapar á la muerte y llegar con felicidad á tierra firme reuniéronse, según se dice, en las inmediaciones del actual Popotla. Aún se enseña en aquel sitio un inmenso ciprés que cuenta más de mil años, y cuyo tronco no tiene menos de 18 metros de circunferencia. Dícese que bajo de él pasó Cortés las más amargas horas de su vida en la *noche de la tribulación*. Al rayar el día emprendieron la marcha hacia una eminencia situada á corta distancia, en cuya cúspide había un templo de sacrificios y otras construcciones.

Llegaron felizmente á aquel promontorio, donde levantaron un sólido campamento; cuando pasó Cortés revista á su pequeño ejército, comprendieron todos las grandes pérdidas que habían sufrido aquella noche horrible.

Los datos acerca de la importancia de éstas no están acordes; en sus cartas habla Cortés de haber perecido 150 españoles, más de 2,000 aliados indios y 45 caballos (1). Entre los desaparecidos hallábase también un hijo y varias hijas de Motezuma, así como otras personas principales. Habían perdido además todos los cañones, todos los bagajes, y gran parte de los tesoros que llevaban.

Con el corazón oprimido pensaba Cortés en el porvenir, preguntándose angustiado qué podría hacer para salvar la vida de todos los que habían escapado á la matanza y que miraban en él al único salvador. Por más que no sabía si la fidelidad de los tlascaltecas subsistía en aquellos días de prueba y de desgracia, decidió volver á aquella república.

Algunos tlascaltecas que habían escapado á la venganza de los aztecas ofreciéronse á servirle de guía, y á la noche siguiente emprendió la marcha la pequeña hueste en dirección Norte para rodear el lago de Tezcoco. Llevando en medio custodiados á los heridos, deslizábanse los fugi-

(1) Thoan Cano, que tomó parte en el combate, dice que murieron 1,000 españoles y 8,000 tlascaltecas; Gomara asegura que fueron 450 españoles y 4,000 aliados.



El entierro de Motezuma
(De un antiguo diseño mexicano)

tivos por la llanura, acechados constantemente por enemigos ávidos de su sangre, que sólo esperaban que se agotaran por completo sus fuerzas para caer sobre ellos.

Apenas recorrieron tres leguas en toda aquella noche y el siguiente día, acampando al anochecer en el promontorio en que está situada actualmente la magnífica iglesia de peregrinación de Guadalupe, para descansar algunas horas. Una hora después de la media noche emprendieron nuevamente el camino por entre los lagos de Xaltocán y Tezcoco en dirección Nordeste. La miseria había llegado á su colmo, teniéndose que alimentar de frutos silvestres y carne de algunos caballos muertos. Lo que les hacía sufrir mayores tormentos era la sed, que no podían apagar en las saladas aguas del lago de Tezcoco.

Esquivándose constantemente de sus perseguidores, llegaron al quinto día de marcha á las llanuras de Otompán (hoy Otumba), en las que vieron las dos formidables pirámides de Teotihuacán.

La mayor de éstas se eleva, formando cuatro terrazas, hasta una altura de 69 metros. La base de la parte de Norte á Sur mide 232 metros, y la de Este á Oeste 220. Sobre la plataforma superior se alzaba un templo en el que había una colosal estatua dedicada al Sol. Cuando salía éste por la mañana detrás de la montaña daban sus rayos sobre una gran plancha de oro bruñido colocada sobre el pecho de la estatua, siendo visible su brillo á gran distancia.

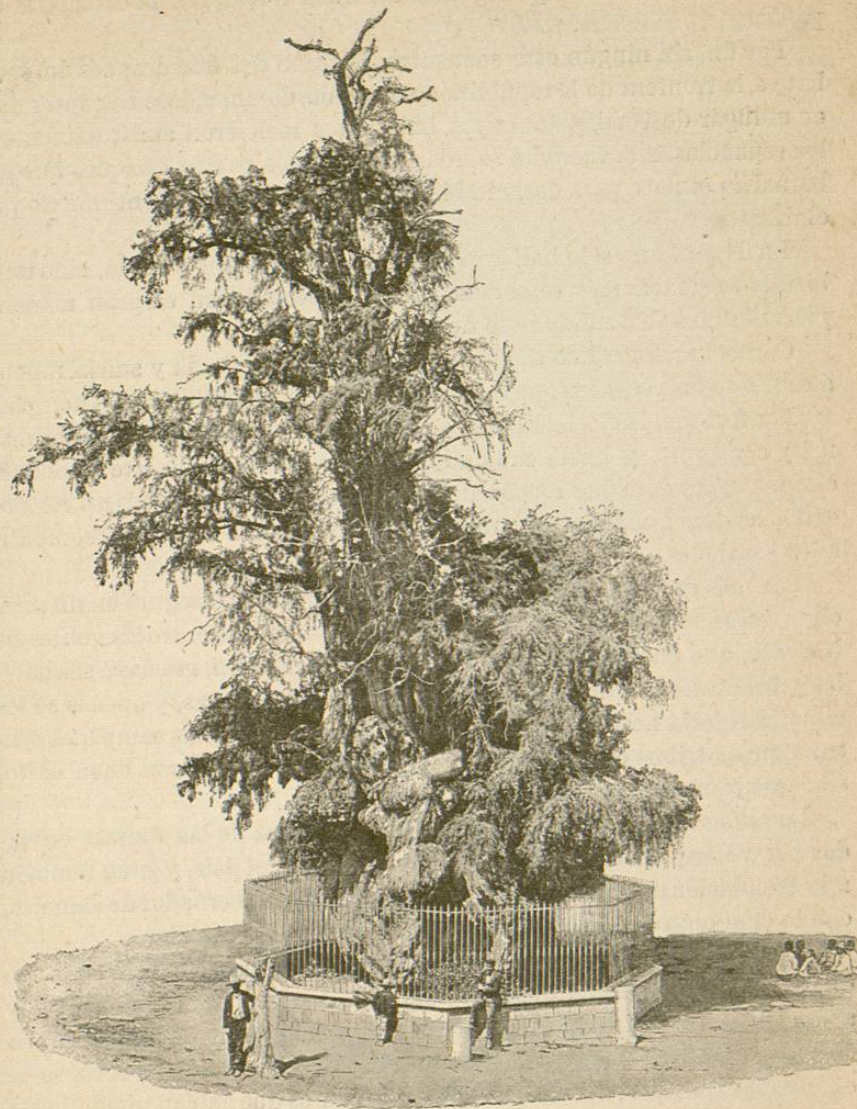
La pirámide consagrada á la Luna es más pequeña, y desde ella parte una doble fila de innumerables cerrillos que pasan por la del Sol, y en cuyo centro hay una ancha calle. Es el célebre camino de los muertos, pues en aquellos cerrillos duermen el último sueño todos los nobles y grandes del reino tolteca, tan floreciente y culto en otro tiempo (1).

Hacia ya una hora que habían cruzado los españoles la llanura cuando de repente volvieron á galope tres jinetes de los que formaban la vanguardia con la noticia de que se veía á lo lejos un poderoso ejército azteca dispuesto á cerrar el paso á los españoles. Y, en efecto, pronto vieron los trajes matizados y blancos de inmensa hueste guerrera que ocupaba el campo. Una espantosa batalla tuvo lugar, en la que de tal modo se confundieron amigos y enemigos que no podían distinguirse unos de otros. Cortés fué herido por dos grandes pedradas en la cabeza.

El combate duró todo el día, y es posible que hubiera terminado muy mal para los europeos á no ser por una valiente hazaña del jinete Juan de Salamanca.

(1) En la obra *The ancient Cities of the New World*, págs. 128 á 151, de Charnay, puede verse más sobre este particular. Los templos y santuarios fueron destruidos después de la conquista de México por el fanático obispo Zumárraga.

En medio del tumulto vieron aparecer de repente un jefe azteca ricamente vestido. Sus armas brillaban por el mucho oro que tenían, y enar-



El ciprés de la noche de la tribulación (De una fotografía)

bolaba una alta y valiosísima divisa, adornada con plumas de color verde oro. En cuanto le vió Cortés arremetióle en unión de algunos de sus más bravos jinetes con tal pujanza que se le cayó la divisa. Rehízose y trató

de huir con su estandarte, pero fué alcanzado por Juan de Salamanca, que le mató de un certero golpe. Esto decidió la batalla. Los aztecas emprendieron la fuga, siendo perseguidos un buen trecho por la caballería española.

Por fin, sin ningún otro encuentro, llegaron dos días después del combate á la frontera de la república de Tlascalala, deteniéndose bastantes días en el lugar de Gualiopán, cuyos habitantes recibieron amistosamente á los españoles. Allí fueron á saludar á Cortés los cuatro caciques que gobernaban el país, para darle la bienvenida y expresar su sentimiento por el desastre sufrido.

En Tlascalala no sólo hallaron los españoles la mejor acogida, sino también la asistencia más esmerada, cosa que necesitaban en gran manera, pues ni uno había salido ileso de los combates.

Cortés había perdido dos dedos de la mano izquierda y sufría mucho á causa de las pedradas que recibió en la cabeza en la batalla de Otompán.

Por fortuna, la fidelidad de los tlascaltecas perpetuóse del modo más fiel y constante, y habla muy en favor de la entereza de este pueblo la circunstancia de haber rechazado una embajada cargada de ricos regalos de los aztecas que fueron á proponerles se uniesen á ellos para combatir á los españoles.

Por más que la situación de Cortés fuese bastante insegura en un principio, sobre todo á causa de reinar gran desanimación entre las gentes de Narváez, que querían volverse á Cuba, consiguió al fin, gracias á sus hábiles y brillantes discursos, animarlos para otras empresas, y apenas se les cicatrizaron las heridas, cuando ya emprendieron algunas campañas contra algunas tribus convecinas, en las que no sólo alcanzaron buen éxito, sino que también rico botín.

Igualmente consiguió que se uniesen á él varias de las fuerzas enviadas por Velázquez á Narváez, al que creía dueño del país, y ganó también á la tripulación de un buque enviado por Garay, el gobernador de Jamaica, con lo cual obtuvo un refuerzo de 150 hombres y 20 caballos.

Cortés veía brillar de nuevo su estrella, avivándose con esto su deseo de emprender nuevas hazañas. Decidió dar otro ataque al reino azteca y á su capital Tenochtitlán. Antes de partir mandó desde la nueva colonia de Segura de la Frontera un detallado relato, fechado el 30 de octubre, al emperador Carlos V, de todos los acontecimientos que habían tenido lugar hasta entonces, y proponía que á aquel país, que por su gran extensión, fertilidad y otras muchas circunstancias guardaba gran semejanza con España, se le diera el nombre de la Nueva España del mar Océano.

Hacia mediados de diciembre del año de 1520 volvió Cortés á Tlascalala para ultimar los preparativos de su campaña contra los aztecas.

Habiendo vuelto victorioso de gran número de campañas y batallas, fué objeto de un brillantísimo recibimiento por parte de los habitantes de la ciudad, y obsequiado con fiestas, juegos y cánticos. Un orador tlascalteca le aclamó delante de todo el pueblo como el *vengador de la nación*. Para la alianza de españoles y tlascaltecas fué sumamente importante el

hecho de que los caciques de la república se declarasen dispuestos á abrazar el Cristianismo. Aún enseñan en el convento de Franciscanos de Tlascalala, situado en una eminencia, un antiguo púlpito de piedra, desde el cual fué predicado por vez primera el Cristianismo, como asimismo la sencilla pila bautismal, sin adorno alguno, que mide un metro de altura por uno y medio de diámetro, en la cual recibieron el agua regeneradora del bautismo los caciques de la república.



Pila bautismal española existente en el convento de Franciscanos de Tlascalala
(Dibujada del natural por Rodolfo Cronau)

Algunos días después de terminadas estas ceremonias y festividades dispúsose Cortés á marchar. Verdad es que sólo contaba con 550 españoles; pero en cambio vióse reforzado por un gran ejército de tlascaltecas. Este se componía, según datos, de 100,000 hombres, cifra que nos parece por demás exagerada. De gran importancia fué el haber ordenado Cortés que para atacar la ciudad también por los costados, y para que no dependiese otra vez la vida de sus hombres exclusivamente de la conservación de los diques, se construyesen 13 bergantines, que, desarmados en parte, fueron conducidos por cargadores indios hasta las orillas del lago de Tezcoco.

Sin esperar á que estuviesen terminadas estas embarcaciones partió Cortés con el ejército principal el día 24 de diciembre, pasando de nuevo por la loma de la montaña que hay entre Popocatepetl é Iztaccihuatl, y llegó el 31 del mismo mes ante las puertas de la ciudad de Tezcoco, cuyos habitantes salieron al encuentro de los españoles con un estandarte de oro en señal de paz.

Rogaron á Cortés que se albergase durante la noche en un alojamiento de los arrabales de la ciudad, pues su soberano, á causa de su inesperado arribo, no había podido hacer ningún preparativo para recibirle. Cortés

accedió á este ruego, pero á la mañana siguiente descubrió que por la noche habían huído casi todos los habitantes de la ciudad, juntamente con su jefe, llevándose todo cuanto poseían, buscando refugio unos en los pueblos vecinos y trasladándose otros en canoas á Tenochtitlán.

De entre los pocos que habían quedado eligió Cortés un nuevo cacique llamado Ixtlilxochitl, que, dócil instrumento de Cortés, contribuyó mucho á asegurar la dominación española en Anahuac.

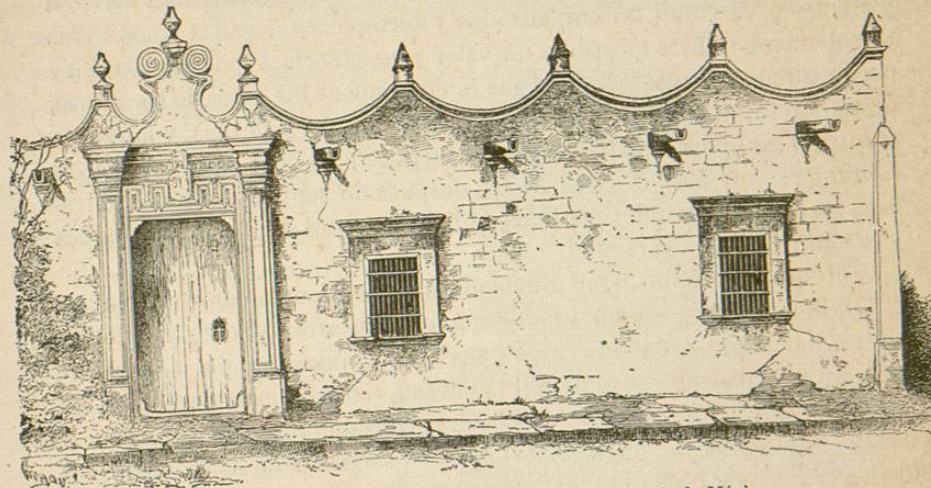
En Tenochtitlán habían tenido lugar entre tanto diversos acontecimientos. El sucesor de Motezuma, que era su hermano Cuitlahua, murió de las viruelas importadas á México por los españoles. La dignidad soberana recayó, por lo tanto, en su sobrino Quauhtemotzín ó Guatemotzín, hombre sumamente audaz y decidido, de veinticinco años de edad, y que parecía destinado como ningún otro á defender la independencia de los pueblos de Anahuac contra la dominación de los conquistadores españoles. Con gran previsión había tomado todas las disposiciones necesarias para hacer un caluroso recibimiento á los españoles.

Cortés decidió, antes de emprender el ataque contra Tenochtitlán, asegurarse la dominación de los numerosos pueblos situados á las orillas de los lagos, con el fin de que no le sorprendieran sus habitantes por la espalda. Después de sangrientas batallas fueron sometidos muchos de estos lugares, entre ellos Iztapalapán y Chalco; otros se pusieron voluntariamente á las órdenes de los españoles. Terminada esta importante empresa, emprendió Cortés un viaje de exploración en la parte meridional del valle de México y alrededor del lago de Tezcoco, que le condujo á través de Coatepec hasta Quauhnahuac, la actual Cuernavaca.

El regreso lo verificaron pasando por la ciudad de Xochimilco, durante cuya conquista sólo con gran trabajo pudo librarse Cortés del peligro de ser hecho prisionero y sacrificado.

Continuaron su camino por Coyohuacán, Tlacopán y Acolmán hasta volver á Tezcoco, en el que 8,000 trabajadores indios habían construído entretanto un ancho canal de 4 metros de profundidad, que conducía desde la ciudad hasta la orilla del lago, situado á media hora de distancia de ésta, destinado á la botadura de los 13 bergantines. Era el 28 de abril del año de 1521, cuando fueron fletados los barcos, que pronto se balancearon en las saladas ondas del lago de Tezcoco con sus velas hinchadas por el viento y sus orgullosas banderas desplegadas. Cada uno de los barcos iba provisto de un cañón y la tripulación suficiente. El ejército de tierra había sido nuevamente reforzado por una hueste de 200 guerreros procedentes de La Española y que habían ingresado en las filas de Cortés. Este disponía, por lo tanto, de una fuerza de 800 soldados de infantería y 87 de caballería, además de 3 cañones pesados y 15 más ligeros. A esto se

unía el importante ejército tlascalteca. Esta respetable fuerza fué dividida por Cortés en tres divisiones iguales: la primera estaba al mando de Pedro de Alvarado y tenía que situarse en Tlacopán, al Oeste del lago de Tezcoco; la segunda fué encomendada á Cristóbal de Olid para que se dirigiera á Coyohuacán, al Sur de la ciudad de Tenochtitlán, y la tercera, á las órdenes de Gonzalo de Sandoval, se situó en Iztapalapán. Una vez que hu-



Casa que habitó Cortés en Coyohuacán durante el sitio de México
(Dibujada del natural por Rodolfo Cronau)

bieran llegado los tres cuerpos de ejército á su destino, podía empezar el sitio de la ciudad.

Las primeras medidas que tomaron fueron ocupar los extremos de los tres diques que unían la ciudad con el continente, destruyendo también la conducción de agua que, partiendo de Chapultepek, surtía á los habitantes de Tenochtitlán. Mientras tanto trató Cortés con la escuadra de apoderarse del lago, con tan buena suerte que en el primer encuentro que tuvo con las numerosas canoas de los aztecas consiguió echarlas á pique en unión de sus tripulaciones. El mismo día consiguió sin grandes pérdidas asaltar el baluarte de Xoloc, ganando con esto una importante posición de defensa.

Después de esta brillante victoria asentó Cortés su cuartel principal en Coyohuacán, donde aún se enseña aquel edificio de un solo piso que mandó levantar durante el sitio de Tenochtitlán, y que siguió habitando después de la toma de la ciudad.

Dando á cada cuerpo de ejército algunos barcos, ordenó el conquistador cegar los espacios de agua que existían entre los diques á fin de tener un